



1. La dulce tentación

El conde de Reynaud es un tipo melancólico y represivo, que traduce esas dos características antropológicas en exigencias personales y colectivas de endiablada pureza, conseguida por la siempre peligrosa vía del sacrificio de todas las posibles e imaginables tentaciones, especialmente materiales, corporales, sexuales. Además, es el dueño y señor alcalde de un pequeño pueblecito francés, por nombre Lasquenet, sometido a sus melancólicas represiones, incluso el joven cura de aldea, al que le ha tocado en suerte tan infeliz cazabrujas infernales. Hay que ver lo serio y bien plantado que camina el señor conde, sonriendo a todo mortal de forma condescendiente... y contemplando el retrato de su esposa que hace largos meses que marchó a Venecia, donde parece haberse instalado, mientras él juega a terribles juegos con sus vestidos del armario... Estamos en ese tiempo ritualizado de la Cuaresma, y el señor conde se somete a una terrible purga de ayuno en clave interestelar, porque supera toda previsión de este perro mundo. Aparta la tentadora comida: es decir, aparta lo permitido por la Santa Iglesia Católica para sobrevivir en este tiempo cuaresmal. El señor conde siempre es más duro que la voluntad de Dios, que él interpreta según los cálculos más pelagianos posibles. Un auténtico desastre humano, creyente y hasta psicológico. Las tentaciones. Sin más.

El acento se pone sobre una misteriosa mujer, que llega a Lasquenet con su hija pequeña una noche de truenos y viento recio. Y Vianne, que así se llama la misteriosa mujer, resulta que abre una pastelería, perdón, una chocolatería, en la que elabora un maravilloso mejuenge: chocolate con un punto de guindilla molida, mejuenge que aprendió de los mayas. Y bien, señoras y señores, el encontronazo está organizado: mientras Vianne se abre camino mediante la sublime tentación del chocolate/guindilla en pleno tiempo cuaresmal, el señor conde comienza una persecución implacable para que la tentación marche de Lasquenet. Suceden cosas innombrables, hasta cosas de amor en las que aparece un tal Roux, zíngaro de río. La tensión aumenta

hasta límites tremendos. Pero un día... un día, de noche, el conde de Reynaud se lanza como un nuevo cruzado a destrozarse la chocolatería, a concluir con el objeto tentador. Resbala, cae sobre los infinitos sabores de chocolate/guindilla expuestos en el mostrador, y devora que te devora alcanza el paroxismo del placer, asume el gusto agrídulce del mejunge mostrado sin recato, y queda postrado en el mismo mostrador como víctima de una indigestión implacable. Habitantes del pueblecito lo descubren en tan manifiesta situación, entregado a la lujuria del cacao maya, hecho un desprecio humano. Vaya con el señor conde, tan esmerilado, tan puritano, tan exigente, tan párroco del joven cura de aldea. Vaya, vaya, vaya...

Hay que deleitarse con las tres cuartas primeras partes de una delicia que se titula *Chocolat*, del mismo autor de *Las normas de la casa de la sidra*, un tal Lasse Hallstrom, sueco él pero afincado en USA. Hágame caso el lector, por una irrepetible vez, y compre su entrada. Porque de la mano de Vianne, la hacedora del cacao maya, ese chocolate/guindilla de feliz recordación, somos introducidos en el mundo siempre denostado de la dulce tentación, así de sencillo. Y probablemente, como ya sucedía en la casa de la sidra, somos invitados a caer en ella, para endulzarnos esta cuaresmal vida, tan perra ella en ocasiones por falta de valor. El conde, al cabo, cambiará, pero antes nos habrá demostrado que el mayor pecado nunca es el de la carne, el material, el corporal, pues el mayor pecado es el de la prepotencia, que conduce al asesinato. Así de claro.

Cuando el padre Henri suba al púlpito para predicar la Resurrección de Jesucristo, finalizada la época cuaresmal, dejará los papeles preparados de antemano y dirá a sus desconcertados fieles: «No estoy aquí para hablaros de la divinidad del Señor, sino de su humanidad...». Para nada niega el padre Henri la divinidad: es que ha comprendido que una divinidad tan divina y tan poco humana... para nada sirve al hombre, hasta hundirlo en las miserias del conde de Reynaud y del pueblo dominado. Menuda homilía la del curita de aldea. La homilía para recuperar nuestra dimensión de resucitados vivientes. Hay que ver con el curita.

Y nada más. En la pantalla permanece el rostro inquietante de la siempre inquietante Juliette Binoche, una de las actrices más femeninas y más sugestivas del cine contemporáneo. Sientan en sus carnes que ella misma, hecha Madame Vianne, les entrega un trocito de chocolate/guindilla mientras sonríe tentadoramente, sientan tan irresistible tentación, y, por una vez y sin sentir culpabilidad alguna, caigan en ella, en la dulce tentación que les hará resucitar.

P. de P.

2. Tu rostro buscaré

Bien avanzada la Cuaresma, cerca ya de la Semana Santa, saltó a los medios de comunicación la noticia ilustrada de un nuevo rostro de Jesús. No se trata de ningún pintor famoso o novel, que pone sus pinceles al servicio del hombre de Nazaret, millones de veces imaginado por los artistas a lo largo de dos mil años, desde las catacumbas hasta las salas de vanguardia y los dibujos animados. El autor del nuevo rostro de Jesús es un antropólogo inglés que, partiendo de un cráneo judío del siglo I, y con la ayuda del ordenador, proyecta en la pantalla las que podrían ser las facciones del varón más famoso de la historia. No se le cayó la cara de vergüenza ante el resultado de su chapuza científico-técnica, sino que la vendió a la BBC para una serie de televisión sobre «El Hijo de Dios».

No sabemos cómo fue el rostro de Jesús, pero podemos decir cómo no pudo ser. Leyendo los evangelios, aparece el retrato humano de una personalidad tan extraordinaria que resulta psicológicamente imposible que tuviera esa cara de boxeador sonado que le atribuye el último intento de retratar al hombre de Belén. El personaje histórico que arrastró a tipos tan dispares como Pedro y Juan, Magdalena y los hermanos de Betania, a las multitudes de Galilea y Judea; la sensibilidad exquisita que atraía a los niños y a sus madres, que se conmovía ante los enfermos y los hambrientos; la autoridad impresionante que se imponía a los jefes religiosos y civiles de su pueblo; la dignidad del varón de dolores de la pasión, no pudo tener esa cara tan vulgar producida por la realidad virtual.

Haciendo eco a este hallazgo del último intento de fotografiar a Jesús, columnistas progres del país han aprovechado la anécdota para lanzarse a pontificar sobre Cristo, desde el teclado de su ordenador, cargados de ignorancia y/o beligerancia. Cualquier cosa menos preguntarse por el hecho incuestionable de que un hombre, que vivió treinta años en un pueblo inominado de un minúsculo país ocupado por los romanos, haya tenido y tenga millones de seguidores. Ni siquiera han reflexionado sobre el milagro añadido que supondría el que un Jesús con esa cara de Barrabás creada por la electrónica haya sido capaz de fascinar no sólo a los creyentes sino a laicos como Renán, Camus y Passolini.

R. A.

3. Siempre lo mismo

Las procesiones, puesto que son cambiantes en su complejidad antropológica, es difícil que se conviertan en productos cansinos para el que las contempla extasiado o bien participa. Tampoco el Vía Crucis del Santo Padre, retransmitido año tra año desde el Coliseo, puesto que la belleza de contenido y forma nunca deja impávido al telespectador, incluso no creyente. Y nada digamos de las liturgias semanaseras, inundadas de ese fulgor que nos alcanza desde el misterio de la Encarnación hasta ese Cristo Jesús resucitado del sepulcro. Es curioso, pero deberíamos caer en la cuenta de que lo realmente misterioso, siempre conserva un hálito de permanencia, aunque fuera mejorable como espectáculo procesional, televisado o sencillamente litúrgico.

Pero esa programación televisiva en torno a las películas programadas para la santa semana, alcanza tales límites de aburrimiento y de falta de la más elemental imaginación que uno muere entre abrazos de esclavos irredentos, de benhures con sus cuadrigas, de túnicas sagradas, de reyes de reyes, y tantas cosas como una y otra vez se nos repiten desde la pequeña y atosigante pantalla casera. Se trata, está claro, de darle un toque religioso al cine, siempre tan irreal y un tanto fanteche entre violencias ineluctables y amoríos del tres al cuarto. Nadie niega la buena voluntad de los programadores. Pero, ¿será posible que entre genta tan inteligente y culta como son ellos mismos, como queremos pensar, no exista uno sólo capaz de organizar un miniciclo de películas «indirectamente religiosas», que muy probablemente no han sido rodadas con fines religiosos? ¿Tan cazarros son esta gente que domina la parrilla televisiva del español medio?

Tomen *el Festín de Babette*, *Solas* y *La misión*, para conjugar tres filmes complementarios, y se hace fácil cambiar el chip de elementales vestiduras romanas y cristos que no dan la talla. Es posible hacerlo. ¿Que el espectador popular disfruta con la repetición anual de idénticas historias siempre un tanto fantásticas? Puede que sí. Pero cuando se trata de entregarle a ese espectador un producto de calidad para una determinada situación como la señalada, hay que tener un mínimo de imaginación y abrir las puertas al mar de una mucho más compleja religiosidad: la que late en la vida cotidiana o en aventuras creíbles.

De lo contrario, el ciudadano que vive entre la gente como Babette, como la protagonista de la gran soledad, o siente como esos misioneros que se lanzan a por todas, acabará haciendo de los misterios de la Semana Santa

un «coto aparte», en nada semejante a lo que diariamente forma parte de su existencia. Dicho de otra manera, apoyando el «siempre lo mismo», se acaba por anunciar que «lo mismo es un aburrimiento». Y el clímax alcanzado se convierte en una alienación perfecta.

Aunque solamente sea por caridad, cambien, programadores.

Dennis Hooper

4. La foto de la vergüenza

Viernes, 6 de abril. Portada de diarios varios. Un muchacho palestino, de apenas doce o trece años, aparece entre varios soldados de Israel: la cara descajada, el grito de pánico en la boca, y sobre los vaqueros de turno, de un azul pálido, esa mancha de orina que se convierte en epicentro de la excelente fotografía de Evelyn Hockstein para la Agencia Reuters. Una gran foto para un deleznable suceso: la prepotencia de los lacayos del capitalismo mundial, imponiendo su ley a las pobres víctimas musulmanas de una olvidada Palestina. En Norteamérica, las temibles y piadosas asociaciones judías pueden tocar los platillos satisfechas. Hasta los muchachos palestinos experimentan sus largas manazas.

Y es que la fotografía tiene algo de que carece la palabra, su terrible testimonialidad visual. Si hay sangre, pues hay sangre, que se ve. Si hay lágrimas, también se descubren, puede que entre mocos incontenibles. Y si lo que hay es orina desparramada de un pobrecito adolescente, pues ahí que está esa mancha acuosa, invasora de la intimidad de ese joven personaje. Los soldados no se alegran, porque lo retienen como uno más de la intifada permanente y un tanto risible: piedras contra delicados fusiles de precisión. Los soldados cumplen con su obligación, que es contener al agresor palestino contra la sagrada tierra israelita, aunque esa tierra fuera, hasta 1947, de los pobres palestinos: entonces, Inglaterra a la cabeza, la opinión pública mundial arrebató a los palestinos lo que era suyo para entregárselo a los judíos que retornaban a sus lares desde el holocausto. De ese holocausto se ha escrito mucho, pero del expolio de la tierra palestina, prácticamente nada de

nada. La desvergüenza, hecha campaña mundial, ha llegado hasta sofocar la verdadera historia, única causa de tanto quebranto: hubo expolio.

Pero la mancha está ahí, en la fotografía de la corresponsal gráfica, señalando a quienes no quieren verla, ni contemplarla, ni mucho menos respetarla, al tiempo que la miran avergonzados. Es una foto que no señala al que muere, ni al que apresa, porque solamente señala a quienes mandan pegar tiros contra los impotentes, muchas veces convertidos en terribles terroristas gracias a la precisión secular y salvaje. Está clara la denuncia del terror. Pero todavía más clara la denuncia insobornable del imperio fascista que, si lo quiere, todo lo puede.

Ahí está: la foto de nuestra vergüenza.

P. de P.

5. Javier Bardem

Como los lectores saben, nuestro chico en la meca del cine no ha vendido. La dorada estatuilla se la ha llevado un gladiador, y con merecimiento. Pero es cierto lo que nuestro chico ha repetido una y mil veces: la victoria no consistía en la dorada estatuilla, consistía en la misma nominación. Porque tal nominación significaba que Javier Bardem era considerado como uno de los cinco mejores intérpretes del cine mundial, por lo menos en lo que afecta al año 2000/2001. Y una cosa así no había sucedido nunca en una cinematografía de tercer nivel como la nuestra, tan obvia y poco ambiciosa.

Antes que anochezca es una película normalita, tirando a mediocre. Una excelente historia, la de la novela homónima, para una guionización desequilibrada y una realización algo chata. Los cubanos constituyen una revolución horrible en su caterva de males sin cuento, pero esa Nueva York que acabará con el protagonista no acaba por desvelarnos la hediondez del capitalismo en estado puro. Así, *Antes que anochezca* acaba por resultar un filme sumamente anticastro y sólo agresivo con los yanquis de forma ambivalente. Pero Reinaldo Arenas, el poeta homosexual que es víctima del sida y que interpreta nuestro Javier Bardem, aparece como una de esas víctimas

propiciatorias que, entre copa y copa, entre beso y beso, entre libro y libro, son arrastradas por la fuerza revolucionaria involucionista y por la vida triste del gran capital. Imagen del perdedor por antonomasia, que Julián Schnader ha querido potenciar más allá de sí misma. Sin conseguirlo el filme, pero si consiguiéndolo el intérprete.

Por esta razón, y aunque hayamos prometido guardar tal secreto bajo millones de llaves, lo cierto es que Javier Bardem acaba por aparecer como el hombre/filme, cuestión siempre peligrosa a no ser que se esté en posesión de los atributos de un Newman, de un Redford o, por supuesto, del gran Brando, jamás superado. Bardem está sobreactuado en muchísimos momentos, como quien no acabó de distinguir ensayos de puesta en escena final. Por la sencilla razón de que el director nunca pudo de forma evidente con el actor. Bardem está sensacional a pesar de estar sobreactuado. Ésta es la verdad.

Pero no olvidaremos con facilidad verle sentado junto al mar de la libertad, mientras las olas, como quien danza, vienen y van, con idéntica sencillez que uno de sus poemas. Javier Bardem, Reinaldo Arenas, la culpa del arte.

Dennis Hooper